



EDUCAR PARA PREVENIR EL CONSUMO DE DROGAS

Por Javier Urra, Psicólogo de la Fiscalía de Menores.

Presidente de la Sociedad Iberoamericana de Psicología

Hay quien quiere explicar el problema de la infancia y la droga como individual, engarzado a una personalidad pre-toxicómana. Sin embargo, es fundamental la importancia de la educación que reciben nuestros niños y jóvenes para saber posicionarse ante las drogas. La drogadicción es una enfermedad social, culturalmente heredada, que se asienta en la angustia del ser humano y en la libertad de elección, que conlleva ansiedad.

A muchos niños, luego jóvenes, no se les ha mostrado que la vida tiene que llenarse de objetivos, de sentido; tiene que ser interpretada en sí misma.

La educación no siempre consigue ser verdadera educación. Por eso la vida de algunos jóvenes es tan aburrida y se narcotiza, no se les ha enseñado a jugar con su imaginación, a disfrutar de un buen libro, a sentir el placer de la música, la pintura, el teatro, las artes, de encontrarse y descubrir la naturaleza, de desarrollarse mediante el deporte.

No se les ha hecho ver el valor de la amistad, sino la apatía del gregarismo; no se les ha formado en la capacidad crítica sino en el consumismo temprano que les hace dependientes.

A veces formamos jóvenes cuya vida ya es obsoleta, que tienen por horizonte la fuga de sí mismos en el cotidiano fin de semana, que confunden su ciudad con suciedad. ¡Qué terrible que un menor abdique de su vida!

El diagnóstico certero es que tenemos una sociedad convalciente que ha quebrado el apotegma latino "la salud pública es la suprema ley".

Conocemos niños que nacen con adicción a drogas, bebés que en su inocencia exploradora ingieren esos polvos blancos que los adultos dejan a su alcance. Sabemos de adultos que utilizan a adolescentes como "camellos". Vemos jóvenes con cerebros dañados, convertidos, como decía Roszak, en un puré de garbanzos por efecto del pegamento y otros inhalantes. Y sabemos de tantas otras formas y productos que por distintas vías consiguen lo mismo: la enajenación.

De la agresiva aguja a la en apariencia inofensiva pastilla, hay un continuo deterioro, un ataque a la auto posesión de cuerpo y mente y por tanto a lo que la OMS entiende como salud.

A veces formamos jóvenes cuya vida ya es obsoleta, que tienen por horizonte la fuga de sí mismos en el cotidiano fin de semana, que confunden su ciudad con suciedad. ¡Qué terrible que un menor abdique de su vida!

Los avances higiénico-sanitarios han casi hecho olvidar la mortalidad infantil, y sin embargo, una sociedad a la deriva, con riesgo de ahogarse, ha propiciado que algunos jóvenes zarandeados cual peleles por el entorno sufran el latigazo mortal de los accidentes de tráfico, de las drogas, del SIDA y del suicidio. En diez años se ha duplicado el número de estas víctimas.

Hemos de ganar parámetros de reflexión y dar la vuelta al forro de la realidad.

No debemos confundir la tolerancia con la indefinición.

Hemos de formar niños y jóvenes psicológicamente sanos, que posean un correcto nivel de conciencia de sí mismos y del entorno, que sean adaptables, que cuando les surja un conflicto estén capacitados en la medida de lo posible para resolverlo, que cuando les ofrezcan algo que les dañe sepan decir desde su libertad: NO.

Enseñar a tolerar la frustración es la mejor receta preventiva. Al tiempo, habrán de abordarse las dificultades de comunicación del niño, los pensamientos distorsionados, los fracasos escolares, el exceso de hedonismo y nihilismo, la ausencia de sentido crítico, la incapacidad para resolver conflictos, la dificultad en el manejo de la ansiedad, baja autoestima y carencia de responsabilidad.

Una buena relación con los padres es una magnífica protección del riesgo, como lo es enseñarles a ser asertivos (defender su derecho y criterio personal).

Explicar a los niños el interés de mucha gente que vive del consumo de droga de los demás. Hacerles saber que hay otros niños que ayudan con su trabajo en las labores de los países productores, otros que trapi-chean en la venta y otros niños que consumen. Es más, hay niños-soldados a los que les hacen consumir "crack" para que se sientan invulnerables.

Por otro lado, la incitación al consumo de drogas- y obviamente incluyo el alcohol- es una forma perversa de oscurecer el horizonte de niños y jóvenes. Hay que erradicar la publicidad favorecedora del consumo de alcohol, que llega sin filtro a los niños con mensajes de triunfo y belleza.

Hemos de situarnos contra la formidable presión para el consumo, la ingente aceptación social y la inconsciente canalización de los adolescentes y los errores perceptivos que les hacen creer que "ellos no tienen problemas".

Deberá legislarse no sólo la prohibición de la venta de alcohol a los jóvenes sino del consumo a niños. Se precisa oferta de ocio sano, normas claras y ejemplo positivo por parte de los adultos.

Será fundamental educar a los niños en los beneficios de la salud, el deporte, el contacto con la naturaleza, el autodomínio, el saber rechazar ofertas y el apreciar el equilibrio más que la subida de adrenalina.

El acceso en las discotecas a las pastillas como euforizante y potenciador de la diversión tiene que ser controlado, pues son fácilmente accesibles. La inhalación de pegamento (tolueno), el consumo de cocaína, heroína...son métodos que el ser humano siempre ha buscado para huir de su fragilidad, de sus miedos, por ello se precisa formar a los niños para convivir con sus características personales, para disfrutar del entorno, para eludir el vuelo errático.